

Un canto de un río seco

por Douha Daoud

Vengo de la tierra de los opuestos, donde la oscuridad de las minas produce piedras de diamantes y las ricas tierras producen amargos granos de café. La tierra de orgullosos baobabs, del Gran Valle del Rift y del marfil. En esta tierra fue donde la mantis religiosa dio las palabras y el primer fuego al ser humano y donde el antílope le enseñó a cultivar. Donde también la hiena cortó la cuerda entre el paraíso y la tierra, y donde el machete tiene dos maestros: la cosecha y el conflicto. África es lo que es y lo que de veras le entonará cánticos de alabanza serán muy pocas cosas en la vida: un cuerno de un rinoceronte, una trompa de un elefante o bien un rugido lejano de algún león.

Fui afortunado por haber nacido allí, pero eso no fue siempre lo que yo sentí. Todo empezó cuando Jengo, mi hermano menor, y yo íbamos a buscar agua. Jengo y yo somos un ejemplo de los opuestos del continente, porque a veces nos llevábamos de maravilla y a veces no. Fui siempre la liebre y él la tortuga. Yo iba súper rápido, comía poco de nuestro humilde desayuno y él, a su ritmo lento, comía sin parar como un hipopótamo. Claro que mi Madre me regañaba por llamarle hipopótamo aunque fue ella la que nos dijo cómo el hipopótamo se convirtió en el gordo del río. Al principio, era un animal del bosque y las mesetas, pero por su avaricia comenzó a comer todo lo verde, todo lo que encontraba a su alcance y como no tenía enemigos, siguió engordando más y más y más. El Dios de toda la creación le dio permiso para meterse en el río a condición de que no se comiera los peces. Así fue cómo aprendimos que la avaricia no sirve para nada.

Además tener enemigos es algo sano porque nos empuja a mejorar de una forma y, si no los tuviéramos, acabaríamos ¡gordos e imbéciles!

El camino hasta el único pozo del pueblo parecía siempre más largo cuando iba solo. Jengo, aunque solo unos años menor que yo, me servía de adecuada compañía. Dicen que el camino se siente mucho más corto cuando dos lo marchan. A veces también venía Masego, la chica que alquiló mi corazón para toda la vida. Muchas veces nos perdíamos pero nunca teníamos miedo siempre y cuando la fe y las palabras de los sabios espíritus nos guiaran. También dicen que perderse es una manera de aprender el camino correcto.

En el camino de vuelta, algunos días teníamos suerte porque nos encontrábamos con el tío Ndidi y nos llevaba a casa en el único Toyota del pueblo, sin embargo nos teníamos que montar Jengo, Masego y yo al lado de su perro rabioso, Marimbo. Nos daba igual, al menos ese era el único perro rabioso en todo el continente que ¡tenía dueño! Tío Ndidi conducía sin prisa en la mitad de la inmensidad mientras que en la radio sonaban melodías del góspel aunque "Bado Nasimama" era nuestra favorita.

El tío Ndidi vino del oeste del continente, decía unas palabras que no entendíamos la mayor parte del tiempo. Era alto y siempre llevaba ropa militar aunque nunca fue parte de ninguna armada o milicia. Su nombre significaba "el paciente", y eso sí era verdad, era más paciente que un baobab. Ndidi no tenía ni un tronco para guardar 120,000 litros de agua ni siquiera una barriguita. Hablaba poco, sonreía mucho, y siempre asentía con la cabeza diciendo: "Nzuri", bien, en Swahili. Tantas veces lo hacía que empezamos a pensar que era la única palabra que había aprendido en nuestro acento regional.

Un día fui solo a recoger agua porque Jengo y

Masego se quedaron con fiebre en casa. Así eran las cosas en el pueblo, la contaminación del agua nos causaba todo tipo de malestares.

Perdido en mis pensamientos continué hacia el pozo. Iba pensando en la escuela, en mi último jaleo con Jengo, rezando para que me perdonara ahora que tenía fiebre, pero sobre todo pensaba en la inquilina de mi corazón, Masego. Los corazones no se cruzan como los caminos, fácilmente, y no, no estoy hablando de ninguna química ni ningún cajón secreto, hay que demostrar el amor con acciones, ¡punto!. Así marché y marché construyendo obras de mi presente y futuro, tuve sed pero también tuve sueño y como el sueño me podía decidí sentarme debajo de un huérfana acacia tentado por su sombra. Dormí por un tiempcito, soñé con un hidalgo blanco con canas en el cabello. A su lado, había un caballo negro que tenía el mapa de África en blanco como marca facial en su frente. Me dio lo que parecían amuletos: un diente de hipopótamo, un pelo de león, un rabo seco de una jirafa, cauris y una bolsa de semillas del sorgo. Me explicó cosas, pero para que funcione la magia se necesita ciencia y fe.

Desperté al oír un retumbo de un motor acercándose, era el tío Ndidi y antes de levantarme encontré un bolso de tela bermellón justo a mis pies. El tío Ndidi pitó una sola vez para que me diera prisa, así que corrí con mis cubos y mi nuevo hallazgo. Me había quedado tan estupefacto que no me atreví ni a abrir la boca para saludar al tío Ndidi. Subí y como él no charlaba seguimos en un silencio acompañado hasta el pueblo.

Aquella noche, intenté contar mi sueño a Jengo, pero mi entusiasmo se convirtió en insomnio pues veía que no me creía. Después de haber dicho nuestros *lala salamas*, pensé y pensé en qué podía

hacer con el bolso y porqué me lo habían entregado las fuerzas supremas a mí. Recordé también como todas las palabras del hidalgo resonaban sabiduría, hasta el color bermellón resembleda el barro de nuestra tierra, la curación y el poder para defenderse contra los malos espíritus.

Al día siguiente no quise ir a la escuela, pero las palabras del sabio hidalgo fueron ciencia y fe para mí. Entonces me fui caminando, con un afán sin precedentes, determinado a aprender algo ese día.

Esa misma tarde fui con el tío Ndidi y Jengo a ver a los veterinarios voluntarios que intentaban salvar lo que quedó de los ganados. Las cosas empeoraban, la sequía obligaba a mucha gente a mudarse. El tío Ndidi insistió en convencer a unos pastores para que se dividieran el trabajo entre ellos, para que cultivaran lo que era cultivable de las mesetas porque si seguíamos así, solo buscando agua y cuidando a unas cabras, nunca mejoraría nuestra vida. Los ganados necesitan pastos, el primer elemento en el ciclo de la vida fueron las plantas. Algunos rechazaron escucharle aunque para mí era la primera vez que escuchaba al tío Ndidi hablando frases enteras. Otros dijeron que era mucho más fácil ir a la ciudad, conducir algún camión o abrir una tienda de ropa "mitumbas" que trabajar en los campos. Uno se cabreó: "¡nunca estaré satisfecho con un hato de ropa del Ejército de salvación, ni tampoco con unas semillas genéticamente modificadas!". "La solución debe ser nuestra" comentó otro. Me atreví al final a mostrar el bolso de las semillas del sorgo. Al ver eso, todos se asombraron con un silencio cargado hasta que un hombre se dirigió hacia a mí: "Y tú, ¿qué sabes niño?". Me quedé sin palabras, pero de repente mi boca empezó a proferir himnos que nunca antes había aprendido. La gente se puso a llorar y de repente el cielo también.

Aquella noche supimos de verdad que los espíritus y el Dios de toda la creación nos estaban escuchando. Habían regado la tierra que estaba seca y más agrietada que la espalda de un viejo cocodrilo.

La sequía se terminó con las palabras de los himnos que salieron de mi boca y así la gente tuvo esperanza para empezar de nuevo.

Gracias a esto, ahora las autoridades han dividido un parte de las mesetas en terrenos para cada habitante de nuestro pueblo. Se ha distribuido el agua en canales y de esta forma la vida será posible en mi parte del mundo.

Después de haber sido el prodigio del pueblo, también conocido como el *chico del sorgo*, Jengo me creyó y siempre ha intentado saber, sin éxito, qué había pasado con los otros cuatro contenidos del bolso de la tela bermellón.